

lible llegará la justicia de Dios sobre los hombres y el alma quedará plena y satisfecha al explicarse el contrastado paso del hombre por el mundo y al saber por qué penan los justos en tanto que prosperan los malvados. Vendrá para los hombres el día de la redención definitiva. Yo, por mi parte, memorioso de las enseñanzas de Monseñor Carrasquilla, y en verso que él nos repetía en su célebre clase de metafísica: "¡Creo que vive el Redentor, y en esta propia carne mortal, he de mirarlo!"

UN GRAN COLOMBIANO

MONS. CARRASQUILLA

Por G. MANRIQUE TERAN

En la primera década de este siglo el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario hubo de reanudar sus labores, interrumpidas por la guerra de los mil días, en el mismo claustro glorioso y vetusto que sirviera de albergue a los prisioneros de la emancipación nacional —próceres granadinos de memorable recordación— y de tantos otros detenidos por la pasión política de nuestras contiendas civiles. Pues el centro docente erigido con tan plausible determinación democrática por Fray Cristóbal de Torres a través de sus famosas *Constituciones* fue predilecto recinto para purgar su devoción a los fueros de la República todos aquellos que, como Caldas al descender hacia el patíbulo elevado por el terror de 1816, dejaron inscrita en el muro la expresión enigmática: "Oh larga y negra partida...", que aún perdura en mármol recordatorio. Quienes asistieron ocasionalmente a este primer período de restauración rosarista, no pueden olvidar la silueta familiar de aquellos que acudieron a las viejas aulas en demanda de enseñanzas malogradas por el ímpetu feral de tres años y hallaban en la tradicional hospitalidad del benemérito instituto la posibilidad de un seguro retorno al predominio de la clásica cultura colombiana. Precarias condiciones de ambiente prevalecían aún en aquella época de *reajuste* nacional (para usar de un voquible grato a los economistas del día), mas ello no fue óbice para que de todas las secciones del país acudiesen los estudiantes en vibrante emulación de propósitos lectivos. Desde los pasantes o bedeles: Escobar Roa, Cortázar, Sáenz, Prado, Delgado —ungido este último por la sacra vocación sacerdotal—, el extraordinario bachiller Acuña y algunos otros que la muerte ha borrado

de la escena, ocupaban el estrado de los *Colegiales* donde la afable y sigilosa presencia del presbítero Jiménez, Vicerrector del Colegio, presidía los modestos ágapes del refectorio ante alumnos convictores y oficiales. Allí nos fue dado el conocer a ciertos hombres, por ese entonces en el umbral de la adolescencia, como los Tascones, Cucalones, Arces e Iruritas, Zamorano y García Vásquez, del Valle del Cauca, entre los cuales destacábase Matoño Carvajal por sus precoces divagaciones poéticas; a Gonzalo Carbonell, Haayen, Luis Aurelio Echeverría, Linero, Eparquio González, de la Costa Atlántica; Carvajalino de Santander; Calixto Torres, de Boyacá; y sinnúmero de oriundos de otros sectores, entre los cuales Ignacio Moreno, de Cundinamarca, asombrábanos con el recuento de sus hazañas y cicatrices guerreras. De Bogotá éramos en verdad harto escasos los *centenaristas* de aquel tiempo y tan sólo Raimundo Rivas (a quien debimos la iniciación subrepticia de Galdós con *Marianela*), Carlos Mallarino, Pacho Nieto, con aire de gran señor santafereño, Juan Pablo Gómez y Manuel Briceño y acaso *cucaracho* Roldán, componían el grupo distinguido de los *cortesanos*, entre los internos, ya que Eduardo Santos desde el externado donde cursaba brillantemente sus estudios nos otorgó en su hora el privilegio de ver por primera ocasión vertido en letras de molde, su nombre en una traducción de Víctor Hugo, publicada en un periodiquillo literario, dirigido por Saavedra Galindo y quien esto escribe.

Animador por excelencia de aquella *alma mater* que aspiraba a resurgir de las cenizas de la hecatombe fue Monseñor Carrasquilla, el Rector por antonomasia, que en efigie proconsular, trazada por el pincel modernista de Andrés Santamaría, exorna la galería del Aula Máxima. “De esta madera han sido hechos los cardenales”, se dice que afirmó un avezado diplomático extranjero al conocer a Monseñor, mezcla de paternal benevolencia y rigidez autoritaria, que en sus vastas lucubraciones de la cátedra de metafísica, donde leía a Santo Tomás, sabía analizar el rigorismo dogmático con chispeantes ocurrencias de castizo estilo santafereño. La presencia de Monseñor en sus charlas peripatéticas en uno de los corredores del claustro, al cual nadie osaba acceder, entretanto él hallábase con el interlocutor de turno, era motivo de temor reverencial para los alumnos y discípulos que advertían en la solemnidad de su porte, matizado con el cordial estimulante del cigarrillo, en su imponente y majestuosa fealdad masculina, un trasunto humanizado del

Colegio Mayor. “Deseo que de aquí salgan caballeros cristianos y patriotas”, era su expresión favorita en las pláticas de Monseñor, cuya densidad oratoria dulcificábase en aludiendo a *La Bordadita*, que en la histórica capilla claustral parecía alzarse ante las preces matutinas y el vespertino rosario de cotidiana sencillez. Quienes vieron nacer la *Revista del Rosario*, suponen que ella surgió de los confusos y contenidos anhelos publicitarios de un grupo de pequeños aficionados a las letras e inconformes con el silencio prescrito ante la aparición de infantiles órganos de publicidad escolar. El Colegio Mayor, fiel al precepto republicano de su tradición, no podía ignorar, desde la cesárea altura del rectorado, tal ambición estudiantil y en ella hubo de responder en la medida de sus ideas cardinales.

Hoy en día, cuando se cumple el centenario de Monseñor Rafael María Carrasquilla, óptimo exponente de la oratoria sagrada, teólogo insigne y maestro de generaciones, sucedido por otro eximio elemento del clero colombiano que, como Monseñor Castro Silva, ha sabido consumir la restauración del claustro en artística armonía con su pasado memorioso y la pericia arquitectónica de Luis Alberto Acuña, está bien la erección del bronce en honor del rector insigne, tal como lo desean sus alumnos de diversas épocas, con firmas recogidas por Miguel Santamaría Caro, entre las cuales hay acaso más de una que evoca la frase de Juan Lozano al referirse a Monseñor Carrasquilla, en cuanto esa evocación sugiere el tránsito crepuscular hacia lo reminiscente y nostálgico.

(Tomado de *El Tiempo*, diciembre 18 de 1957).